

PRENSA E IGLESIA EN EL CHILE DEL SIGLO XIX

Usando las armas del adversario

Patricio Bernedo es profesor e investigador de la Facultad de Comunicaciones y Director del Instituto de Historia UC. [pbernedo@uc.cl]

Abstract

Desde 1843, la Iglesia se hizo presente en el ámbito de la opinión pública con *La Revista Católica*. En la medida que los ataques del liberalismo fueron recrudeciendo, el clero chileno decidió fundar un diario propio, el *Estandarte Católico*, en 1874. Así, entró de lleno en una suerte de “guerra periodística” que le permitió exponer sus opiniones frente la creciente secularización de la sociedad chilena. Este proceso terminó con la guerra civil, que implicó el cierre del *Estandarte Católico*.*

From 1843, the Catholic Church became present in Chilean public opinion through its magazine La Revista Católica. However, as the attacks from the liberal movements became more harsh and strident, in 1874 the Chilean clergy decided to fund its own newspaper, the Estandarte Católico. Through its new media, the Catholic Church got involved in a “journalistic battle”, exposing its opinions against the growing secularization of Chilean society. This process ended up with the Chilean Civil War and the closing of the Estandarte Católico.

El período que comprende desde los inicios de la década de 1840 hasta el año 1891 se caracterizó por un creciente nivel de conflicto entre la Iglesia y el Estado chileno. Entre sus causas destacan la defensa que hacía el Estado del derecho de patronato sobre la Iglesia¹ y la creciente penetración de las ideas liberales entre importantes grupos de la élite chilena, que buscaban erradicar –o al menos atenuar– la vigencia de los principios católicos en la sociedad. Las distintas disputas que sucedieron llevaron al rompimiento de relaciones diplomáticas con la Santa Sede en 1882 y a la rápida aprobación de las denominadas “leyes laicas” (de registro civil, matrimonio civil y cementerios laicos) en 1883 y 1884.²

Estas controversias se manifestaban al interior del Congreso, en los tribunales, el palacio de gobierno, los ministerios, en el seno de los partidos políticos y también, de manera muy particular, en la prensa periódica.

A partir de la década de 1840, los diarios aumentaron en número y se transformaron en actores centrales del proceso político chileno.³ Este desarrollo se fue dando en un contexto de mayor apertura po-

* Este artículo forma parte del proyecto Fondecyt número 1040928.

1 Este derecho de origen colonial, que la Iglesia no reconocía, le otorgaba al gobierno facultades para intervenir en diversas materias eclesiales, como el nombramiento de arzobispos y obispos.

2 Entre las muchas disputas destacaron las con los poderes ejecutivo y judicial por cuestiones de jurisdicción (la denominada “cuestión del sacristán”, 1856); la reforma constitucional que concedió libertad de culto a los disidentes (1865); la entrega de la tuición de los exámenes en los colegios particulares a los liceos (1872); la supresión del fuero eclesial (1875), entre otras.

lítica que se inició bajo la presidencia de Manuel Bulnes (1841-1851). Se generó un espacio de mayor libertad de expresión que fue sagazmente aprovechado por la oposición liberal y sus representantes más jóvenes, entre los que destacaban José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao. Ellos comenzaron a manifestar públicamente sus críticas al régimen fuertemente presidencialista que imperaba en el país, y a sentar las bases de un ideario ilustrado, que buscaba ampliar los grados de libertad en la sociedad. Para divulgar sus ideas, fundaron diversos periódicos y revistas, como *El Semanario de Santiago* (1842) y *El Crepúsculo* (1843), ambos impulsados por Lastarria. En este contexto apareció también la primera publicación diaria de Santiago, *El Progreso* (1842), dirigida por el exiliado argentino Domingo Faustino Sarmiento.⁴

Así se comenzó a configurar en Chile un espacio público y plural de discusión, donde se confrontaron ideas, críticas y opiniones. Los periódicos se convirtieron en el soporte material de participación: posibilitaban la circulación social de los contenidos que se quería entregar al público. El eje principal de la discusión se desarrolló entre quienes defendían una sociedad basada en los principios del catolicismo y los partidarios de una liberal y secularizada. El objetivo central era intentar influir en las conciencias y acciones de los lectores.

La fundación de 'La Revista Católica'

La Revista Católica (en adelante, *RC*) nació el 1 de abril de 1843 como una respuesta oportuna y precursora a una suerte de atmósfera cultural de indiferencia religiosa, diseminada a través de la prensa, que la alta jerarquía de la Iglesia Católica en Chile consideró entonces preocupante para el presente y futuro del país.

Junto con subrayar la importancia de la religión en el desarrollo social, la *RC* apuntó directamente a la base de lo que consideraba central para un país mayoritariamente católico. Aquí, de hecho,

la Constitución establecía al catolicismo como la religión oficial de la República e incluso ordenaba que el Presidente electo, al momento de tomar posesión del cargo, debía jurar observar y proteger la religión católica.⁵ En otros términos, lo que estaba en juego eran las relaciones entre la Iglesia y el Estado.⁶

La Iglesia, al momento de fundar un órgano propio de comunicación periódica, mostró su clara voluntad de tomar la palabra y hacerse oír públicamente. Esto le permitió participar, como un actor relevante, en un espacio plural de discusión de alta política donde estaban en juego ni más ni menos que las bases valóricas sobre las cuales debía construirse la nación. La pregunta de fondo era si la sociedad chilena debía o no tener una impronta católica, lo que, por cierto, incluía al Estado, sus instituciones y representantes.

En el ámbito de la prensa liberal, la *RC* reconoció como su principal antagonista a *El Mercurio de Valparaíso* y, después de 1855, a *El Ferrocarril* de Santiago. A ambos, en reiteradas oportunidades, los acusó de atacar sin miramientos la religión que profesaba la inmensa mayoría del país. A *El Mercurio*, por tratar de “descatolizar la nación” por la vía de “mofarse” de la eucaristía, de “burlarse” de las verdades eternas, de “negar” la autoridad de la Sagrada Escritura, de llamar “secta” al catolicismo, de “calumniar” al clero y al arzobispo. Lo acusó de ser “hereje”, “impío” y “calumniador notorio”, y lo declaró un “enemigo del catolicismo”.⁷ A *El Ferrocarril*, en tanto, le reconoció siempre y explícitamente el derecho, al igual que a toda la prensa, de defender sus puntos de vista; sin embargo, lamentó que sus opiniones no fueran “serias” ni “razonadas”.⁸

Sintiendo que los ataques contra la Iglesia y la religión se multiplicaban, la *RC* planteó en diversos momentos que la prensa liberal pretendía “operar un cambio en las ideas” del pueblo católico: “El artesano, el hombre del pueblo que lea todos los días las fascinadoras publicaciones de la prensa ilustra-

3 En 1840 se registraron cinco diarios; en 1880, más de 100. Datos en Subercaseaux, Bernardo: *Historia del libro en Chile. Alma y cuerpo*. Lom, Santiago 1993, cit. en: Santa Cruz, Eduardo: *Conformación de espacios públicos, masificación y surgimiento de la prensa moderna: Chile siglo XIX*. Documento de trabajo número 28, Centro de Investigaciones Sociales, Universidad Arcis, Santiago, 1998, p. 23.

4 Cfr. Jaksic, Iván: “Sarmiento y la prensa chilena del siglo XIX”, en *Historia*. Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, número 26, 1991-1992, p.133.

5 Artículos 5 y 80 de la Constitución de 1833, respectivamente.

6 “Prospecto”, en *RC*. 1 de abril de 1843.

7 “¡Católicos chilenos, leed!”, en *RC*. 30 de octubre de 1852.

8 “El Ferrocarril y el Clero”, en *RC*. 2 de mayo de 1857.

La Iglesia, al momento de fundar un órgano propio de comunicación periódica, mostró su clara voluntad de tomar la palabra y hacerse oír públicamente.

da, perderá bien pronto el respeto al sacerdocio y no escuchará su voz sino para llamarlo blasfemo, estafador, farsante”.⁹

Esta percepción acerca de los efectos que la lectura diaria de la prensa provocaba en las ideas de los lectores, esbozada por la RC en 1857, adquirió, una década más tarde, una enorme fuerza y desarrollo conceptual. Esto sirvió de fundamento a las estrategias periodísticas aplicadas por la prensa católica para contrarrestar la difusión de las ideas liberales.

En el documento “Los periódicos irreligiosos ante la conciencia católica”, de 1868,¹⁰ la Iglesia expresó que en ese momento los escritos liberales estaban ocasionando más daño que en el pasado: a través de los diarios se “comunican rápidamente las ideas”, y éstos le “dan a los escritos un alcance que nadie se habría antes imaginado”.¹¹ Es decir, entendían que el diario, a diferencia de otros soportes comunicacionales (especialmente los libros), tenían un mayor poder de penetración en las conciencias de los lectores. Observaban que aun las personas más inteligentes se apasionaban hasta el extremo por las ideas expresadas en el periódico de su preferencia: “Piensan que [el periodista] ha tratado todas las materias y todas con profundidad; en él van a buscar la solución de cualquier duda y lo creen bajo palabra; no ven ninguno de sus defectos; se hacen amigos de sus amigos y enemigos de sus adversarios; se asimilan, en fin, sus opiniones y su modo de pensar”.¹² Esta suerte de relación de creciente confianza e intimidad que el lector desarrollaba con el periodista era para la Iglesia lo que generaba efectos negativos sobre la conciencia y la fe; según ella, iba minando la capacidad de leer críticamente los diarios.

Para ese entonces, el clero chileno se vio en una encrucijada. Por una parte afirmaba que el desarrollo de la “mala prensa” era coincidente con el carácter del siglo, donde predominaba “una actividad febril, que en todas partes mira al negocio material, al lucro, que casi no permite a los hombres dedicarse a adquirir una instrucción seria y concienzuda”. La consecuencia de lo anterior fue que “como hoy el tiempo es dinero, un libro que demanda tiempo es un libro que cuesta caro y no conviene”; por ende, “los libros están relegados al olvido y los han reemplazado los periódicos”.¹³

Sin embargo, la Iglesia también constataba que la lectura de libros había sido reemplazada por la de periódicos, y que los motivos del cambio tenían que ver con un formato que se adecuaba mejor a los tiempos y exigencias del lector: “Mejor es el periódico y presenta muchas más comodidades; nos impone en un momento de las ocurrencias del día, del movimiento comercial de la plaza, de los asuntos importantes que se ventilan; lo recibimos en nuestra casa en la hora más a propósito; nos acompaña al paseo, al viaje, a todas partes. [...] Y una vez leído el periódico, cada cual se cree al corriente de los más arduos asuntos, no se vuelve a preocupar de su estudio ni admite discusión: también la discusión quita tiempo”.¹⁴

También se acusó a los periódicos de utilizar distintos géneros periodísticos para atacar las bases de la religión: desde “el artículo que se dice serio hasta la revista jocosa, hasta el hecho ligero de crónica”. Esta suerte de graduación en la entrega de los contenidos les permitía a los periódicos hacerse “adaptables a todas las inteligencias, caracteres y gustos” de los lectores. Además, tenía la ventaja de publicarse todos los días: “[lo que

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ *Los periódicos irreligiosos ante la conciencia católica*. Imprenta del Correo, Santiago, 1868, 54 pp.

¹¹ *Ibíd.*, p. 3.

¹² *Ibíd.*, p. 12.

¹³ *Ibíd.*, p. 22.

¹⁴ *Ibíd.*, pp. 22 y 23.

hacia al] periodismo verdaderamente irresistible a sus habituales lectores, es la continuidad de su acción, siempre en el mismo sentido, perseverando en sus ataques”.¹⁵

Por su naturaleza, los diarios estaban al alcance de todos: “Por pobre que sea un individuo, casi nunca deja de suscribirse a un periódico. No hay tiendecita, por pequeña que sea, donde no se encuentre alguno, y los que no están suscritos no dejan de ir diariamente a leerlo donde el vecino o el amigo. Y como si eso no bastara, se halla el periódico expuesto al público en la puerta de la imprenta y nunca falta ahí un grupo de lectores”.¹⁶ En otras palabras, no los leía sólo la élite, sino también otros grupos sociales, de menores grados de instrucción e ingreso pero igualmente urbanos.¹⁷

Todo esto hacía que contrarrestar la influencia de los diarios no fuese una tarea fácil. La Iglesia se enfrentaba a un soporte comunicacional que era producto de los requerimientos de una nueva época, que concentraba el tiempo de consumo y multiplicaba el acceso a la información. Las dificultades para sobrellevar esa influencia partían en el ámbito privado del hogar; ahí, mientras “un buen padre de familia, una buena madre, tendrán siempre exquisito cuidado para no permitir que un mal libro caiga en manos de sus hijos y domésticos, y corrompa sus corazones, ello no sucede con los diarios. ¿Habrá en Chile algún padre de familia que se imponga la obligación de leer todos los días un periódico, sin exceptuar nada desde el editorial hasta el folletín, antes de permitir que circule en su casa?”.¹⁸

Desde el púlpito, también resultaba impracticable recomendar a la feligresía que no leyera determinados escritos por sus doctrinas erróneas o

inmorales: “[Dado] que el periódico es leído todos los días, ¿cómo, pues, avisar con tiempo a los fieles cuál es el que deben abstenerse de leer?”.¹⁹

La Iglesia intentó prohibir a los católicos la lectura de los diarios liberales, así como suscribirse a ellos. Sin embargo, muy pronto constató que este hábito de lectura ya estaba fuertemente arraigado entre los católicos chilenos.²⁰ Ante esta realidad, la Iglesia decidió enfrentar los ataques que recibía desde la prensa liberal imprimiéndole un rápido giro a su estrategia periodística.

Muy aptos para el ataque y demasiado ligeros para la defensa

En medio de una relación cada vez más complicada y hostil con el gobierno, la Iglesia decidió fundar un diario, *El Estandarte Católico* (en adelante, *EC*), que reemplazó a la *RC*. El primer número apareció el 20 de julio de 1874.

Este cambio de estrategia medial, que implicaba hacerse presente todos los días ante la opinión pública, se fundamentaba en el convencimiento al que se había llegado en 1868. Entonces se afirmó que un diario, “por la naturaleza de la publicación, es muy apta para el ataque [y] demasiado ligera para la defensa”.²¹ La Iglesia consideró que las condiciones comunicacionales y políticas imperantes no podían ser enfrentadas a través de la *RC*, cuya periodicidad semanal²² no permitía responder oportunamente a los desafíos del momento: “Los diarios hostiles a la religión se han multiplicado y se reparten a millares en el país; las ideas que con el nombre de liberalismo se propagan por todas partes, no son sino los principios de la impiedad, sembrados

La Iglesia se enfrentaba a un soporte comunicacional que era producto de los requerimientos de una nueva época, que concentraba el tiempo de consumo y multiplicaba el acceso a la información.

¹⁵ *Ibid.*, p. 23.

¹⁶ *Ibid.*, p. 24.

¹⁷ Normalmente se tiende a creer, atendiendo a la baja tasa de alfabetización del país hacia mediados del siglo XIX (13,5%), que las cifras de lectores de diarios eran bajas. Sin embargo, considerando que la lectura de diarios era un hábito fundamentalmente de carácter urbano, sólo la disponibilidad de cifras de alfabetización a ese nivel podría entregarnos más luces acerca de ese fenómeno.

¹⁸ *Los periódicos irreligiosos... Op. cit.*, p. 26.

¹⁹ *Ibid.*, p. 28.

²⁰ “La Prensa”, en *RC*. 8 de septiembre de 1869.

²¹ *Los periódicos irreligiosos... Op. cit.*, p. 36.

²² Desde inicios de abril de 1859, al cumplir 16 años de existencia, la *RC* comenzó a circular semanalmente. “Nuestros deseos”, en *RC*. 4 de abril de 1859.

El nuevo espíritu que animaba al Estandarte Católico se tradujo en un estilo periodístico más enérgico, apasionado y belicoso que el de la Revista Católica.

23 "El nuevo diario católico", en *RC*. 13 de junio de 1874.

24 "Nuestra Obra I", en *EC*. 20 de junio de 1874.

25 *Ibid.*

26 *Ibid.*

27 "A nuestros queridos hijos, los Directores y los Redactores del diario católico, El Estandarte Católico", en *EC*. 8 de diciembre de 1879.

hoy para cosechar mañana una abierta persecución a la Iglesia; ya esa misma persecución se deja ver no sólo en las palabras y propósitos de muchos escritores sino también en el espíritu que va animando a nuestros legisladores. [...] Ahora bien, siendo las cosas así, ¿basta las columnas de un periódico semanal para hacer llegar nuestra voz a los católicos en las mil circunstancias en que debemos hablarles? [...] Nadie ignora que la oportunidad es la primera de las condiciones que debe tener un escrito, ¿y cómo conseguirla con un periódico semanal? Cuando venimos a hacernos oír, el incidente que ocasiona nuestro artículo ha sido seguido por otro todavía más grave, ha perdido su importancia primitiva con ocasión de sucesos posteriores o está completamente olvidado en fuerza de la rapidez con que hoy se suceden los acontecimientos. [...] De todas estas causas ha nacido el pensamiento de convertir en diario nuestra Revista".²³

El nuevo espíritu que animaba al *EC* se tradujo en un estilo periodístico más enérgico, apasionado y belicoso que el de la *RC*: "Un diario es esencialmente un arma de guerra y la más poderosa de las armas de los tiempos que atravesamos".²⁴

Especial relevancia se le otorgó a la velocidad de respuesta que implicaba una publicación diaria. Era visto como un signo de los tiempos que se vivían: "En este tiempo de ferrocarriles y telégrafos es la velocidad la cualidad más apreciada, por más que ella lleve consigo casi necesariamente la superficialidad. Hemos reemplazado la carreta de nuestros campos, la cabalgadura usada por nuestros padres y la insoportable diligencia que todos hemos conocido, por el cómodo wagon en que el vapor nos traslada de un lugar a otro con verti-

ginosa rapidez. [...] Mientras el sabio entrara a su gabinete y se pusiera a escribir una profunda disertación para mostrar el error en que tal periodista había incurrido, la injusta imputación que había hecho a la Iglesia, ya ese periodista habría publicado errores más sustanciales, se habría hecho eco de otras muchas imputaciones falsas".²⁵

La fundación del *EC* implicaba que la Iglesia se estaba poniendo a la altura de sus oponentes en términos de soporte comunicacional: "El plan de campaña adoptado por nuestros adversarios y en todo conforme con las tendencias de la época, consiste principalmente en la presteza y la velocidad del ataque: multiplicar las acusaciones; formular aquí una duda y allá una audaz negación; desacreditar tal práctica y burlarse de lo que no pueden negar; estar siempre en todas partes sin atrincherarse en ninguna; variar de sistema, variar de principios, variar de nombre para aprovecharse, cual piratas de la inteligencia, sin escrúpulo alguno de todas las circunstancias y de todos los acontecimientos: tal es la guerra que hoy se hace a la verdad. Quien quisiera defenderla con libros, haría lo mismo que el cazador que se empeñara en matar golondrinas al vuelo, dirigiendo contra ellas un cañón de grueso calibre".²⁶

Esta idea de combatir a los diarios liberales con sus propias armas fue incluso saludada por el propio Papa León XIII, quien les envió a los redactores del *EC* una bendición apostólica.²⁷

La fundación de este diario le permitió a la Iglesia instalar con mayor fuerza y oportunidad sus puntos de vista en la agenda de discusión pública. El *EC* alentó explícitamente la lucha política contra los gobiernos liberales de Aníbal Pinto (1876-1881), Domingo Santa María (1881-1886) y

José Manuel Balmaceda (1886-1891), oponiéndose férreamente a las leyes que buscaban secularizar la sociedad. Especialmente controversial fue el gobierno de Santa María, cuando el *EC* participó con más ímpetu que nunca en el debate político. Este diario no sólo defendió a la Iglesia de los ataques que recibía y alentó la organización y participación política de los católicos, sino también desarrolló un estilo periodístico más agresivo, similar al de las publicaciones liberales. Esto implicaba interpelar, enjuiciar y criticar a las autoridades civiles.

El *EC* argumentó con vehemencia contra la secularización de la educación, el matrimonio, los cementerios y el registro civiles, entre otros temas. Justificó la lucha política que estaba dando la Iglesia junto al Partido Conservador, planteando que el propio gobierno la había empujado hasta ese punto.²⁸

El cierre de un ciclo comunicacional

Al comienzo de la administración del Presidente Balmaceda, el conflicto entre la Iglesia y el Estado se atenuó parcialmente. Significativo resultó que el nuevo gobierno realizara las gestiones necesarias para restablecer las relaciones diplomáticas con la Santa Sede y para solucionar el problema de la vacancia del arzobispado de Santiago, a esas alturas de más de ocho años, con el nombramiento de Mariano Casanova.²⁹ Sin embargo, las disputas con la Iglesia volvieron a emerger cuando el gobierno reactivó en el Congreso la discusión de una reforma para suprimir al catolicismo como la religión oficial de la República (el artículo 5° de la Constitución).³⁰

Sin embargo, el principal problema que debió enfrentar el país fue la aguda polarización política de 1890 que, como sabemos, desembocó en la guerra civil de 1891. En este contexto, monseñor Casanova intentó mediar en el conflicto entre el poder ejecutivo y el legislativo, aunque –a la postre– con escasos resultados.³¹ En ese período, junto con publicitar la mediación del arzobispo, el *EC* llamó a los bandos en pugna a buscar el bien superior del país.³² No obstante, a medida que las posiciones antagónicas se fueron endureciendo, el diario comenzó a inclinar su opinión hacia los partidarios del Congreso: según él, representaban el orden y la legalidad.³³

A partir del 1 de enero de 1891, la dinámica política abandonó toda posibilidad de acuerdo pacífico entre el gobierno y la oposición. Entre los meses de febrero y septiembre, el país entró en la guerra civil más violenta de toda su historia. A pesar de que la Iglesia continuó con sus llamados a la paz, el tiempo de las polémicas a través de la prensa había quedado atrás. El *EC* fue clausurado por las autoridades de gobierno y su último ejemplar fue publicado el 30 de enero de 1891.

Conclusiones

La Iglesia retomó rápidamente la tarea de contar con publicaciones propias: fundó el diario *El Porvenir* (1891-1906) y refundó *La Revista Católica*, que apareció el 1 de agosto de 1892. Sin embargo, el escenario político del país había cambiado radicalmente tras la derrota de Balmaceda. Entonces, la Iglesia planteó que el nuevo objetivo de la *RC* era dejar de lado las luchas políticas, pues el gobier-

28 "La Religión y la Política", en *EC*. 17 de mayo de 1884.

29 Cfr. Oviedo C., Carlos: "La Iglesia en la revolución de 1891", en *Historia*. Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, número 14, 1979, p. 277.

30 Cfr., entre otros, "El discurso del diputado de Vichuquén", en *EC*. 14 de enero de 1890; "La reforma constitucional en el orden religioso", en *EC*. 7 de junio de 1890; "Supresión o repartición de atribuciones", en *EC*. 14 de agosto de 1890.

31 Cfr. Oviedo C., Carlos: *op. cit.*, pp. 285-289.

32 "Patriótica actitud de la autoridad eclesiástica de Santiago", en *EC*. 29 de julio de 1890.

33 "La Dictadura", en *EC*. 20 de noviembre de 1890.

La fundación del Estandarte Católico le permitió a la Iglesia instalar con mayor fuerza y oportunidad sus puntos de vista en la agenda de discusión pública.

34 "Restablecimiento de La Revista", en *RC*. 1 de agosto de 1892.

no de Jorge Montt (1891-1896) le inspiraba mucha confianza. Pero también advirtió que, de ser necesario, volvería nuevamente a defender la religión: "Colocado el interés político en manos tan expertas, y habiendo desaparecido la causa que indujo al clero a mantener en la prensa un diario militante [se refiere al *EC*], se retira a su antiguo y primer hogar, restableciendo *La Revista Católica*, y aquí seguirá cumpliendo su misión de promover y defender los santos intereses de la religión, mientras estos mismos santos intereses no la obliguen a luchar en otras condiciones".³⁴

Con estas palabras, la Iglesia dio por cerrado un ciclo que se había iniciado en 1843, cuando se hizo presente en el ámbito de la opinión pública con *La Revista Católica*. En la medida que los ataques del liberalismo fueron recrudeciendo, espe-

cialmente hacia mediados de la década de 1860, el clero chileno realizó un diagnóstico del nuevo escenario comunicacional que enfrentaba. Los diarios fueron entendidos como un arma que le permitía influir con mayor fuerza en la conciencia de los lectores.

Tras este diagnóstico, que se resumió en que los diarios "son muy aptos para el ataque y demasiado ligeros para la defensa", la Iglesia decidió fundar un diario propio, *El Estandarte Católico*, en 1874. Así, entró de lleno en una suerte de "guerra periodística", que le permitió enfrentar a los diarios liberales con sus mismas herramientas. Esta respuesta le permitió a la Iglesia "oponer al mal de la prensa liberal un remedio de su misma naturaleza".

